

APÉNDICE.

DE LAS ENFERMEDADES QUE ATACAN PECULIARMENTE  
A LA HUMANA ESPECIE EN CADA CLIMA, Y ENTRE  
LAS DISTINTAS NACIONES DEL GLOBO.

Elámense endémicas las dolencias que azotan con especialidad á algun pueblo, y cuyo oríjen se encuentra casi siempre en la naturaleza misma del suelo que habita, ó ya en los alimentos que usa, en las cualidades del aire que respira, ó bien en sus costumbres, ó en otras causas mal conocidas, que fomentan diversos achaques. Las enfermedades endémicas se arraigan en una nacion, al paso que las epidemias le son estrañas, ó le vienen por contagio. Las esporádicas son enfermedades desparramadas, y que atacan como á salto de mata, sin llegar nunca á hacerse jenerales como aquellas.

Aunque la mayor parte de las enfermedades endémicas procedan del aire, los alimentos, las aguas y otras muchas circunstancias locales de cada pais, encuéntranse sin embargo otras nacidas de mas ocultas causas, ó llámense concurso de distintas influencias; la plica, por ejemplo, de Polonia, la cal-

vez y epilepsia, harto frecuentes en las islas del Archipiélago, la tarántula, etc. Difícil por cierto seria señalar la causa de no cojerles á los perros la rabia en Méjico ni en Manila, sin embargo de verificarse con tal frecuencia en las playas de Coromandel (1); decir porqué no se propaga la peste del Ejipto á las Indias orientales, y á Tonquin sobre todo y la China, mientras se dirige casi siempre hácia el occidente; esplicar por último porqué no reinan en San Petersburgo y las islas de Feroé fiebres intermitentes, y está exenta la Escocia de cuartanas, si ya no es que se descubra la causa en la sequedad y fortaleza del aire que corre por estas últimas regiones.

Digno es tambien de observarse que, modificado en cierto modo el clima por el cultivo, experimentan asombrosa mudanza las dolencias endémicas de sus habitantes; así que, á medida que se cortan de raiz los antiquísimos bosques de la Pensilvania, desaparecen las fiebres inflamatorias, antes tan comunes, acudiendo empero en su lugar las intermitentes biliosas (2). No por otra causa, el clima, en otro tiempo mas frio y húmedo de las Galias y la Jermania, pobladas de selvas y de moradores trashumantes y casi salvajes, daría márjen á muy diversos achaques endémicos de los que en la actualidad estamos viendo.

Indudable es y jeneralmente probado que en los

(1) Legentil, *Voyag.*, tomo 1, páj. 684.

(2) Benjamin Rush, *Medical inquiries and observ.*, Filadelfia, 1789, en 8º., divis. 2.

países pantanosos donde aguas encharcadas exhalan miasmas hediondos, origina el gas hidrógeno carbonado de los marjales calenturas intermitentes, y en especial tercianas ó cuartanas mas ó menos rebeldes. Pero esas endemias son mas ó menos peligrosas segun el calor del clima ó de la estación: las tercianas, por ejemplo, pueden presentarse benignas por la primavera, continuas en verano, malignas hácia el equinoccio en el otoño, y crónicas por último en invierno, robándoles este su violencia, segun ya lo observó Lancisi: no hay que admirarse pues si lo que es simple terciana bajo el frío cielo de Amsterdam, se trueca en fiebre gastro-intestinal intermitente ó remitente, y perniciosa alguna vez y de maligno tipo, en el abrasado clima de Batavia.

Atribúyense también ciertas endemias á la naturaleza de los alimentos y bebidas. Así es que casi todos los pueblos marítimos ictiófagos viven propensos á enfermedades de la piel, por el uso en especial de peces cenagosos, de hedionda y pegajosa sustancia: por esta causa prohibió Moisés á los Judíos el uso de peces blandos y sin escamas. Y no se crea que sean las ardorosas rejiones las únicas donde se observan tales dolencias, como, por ejemplo, las islas de los archipiélagos índicos, Mindanao, las de los Ladrones, la Sonda, las Antillas, Bahamá, las Barbudas, etc.: encuéntranse también en mas frios países, en las Hébridas, Islandia, Noruega y las orillas del mar Báltico. Así es que los habitantes de la Frisia, Escocia, Irlanda, la Baja-Bretaña, Vizcaya, Bolonia, y todos los pueblos donde es

comun alimento el pescado, adolecen de diversas erupciones de sarna, de los herpes, y aun de la lepra. No ignoramos sin embargo que con frecuencia nacen tales erupciones del uso de ciertos pescados, en el desove sobre todo, como las lijas, las rayas y los mariscos; iguales achaques provoca en los mares de Indias el uso del *diodonte*, del *tetraodonte*, y otros peces semejantes; en el norte, propagan estas dolencias el abuso del escabeche y otras perniciosas preparaciones de pescados del mar Caspio y de los rios del Asia superior. Es de notar con todo lo que dice Labillardiere (1) de los habitantes de la tierra de Diemen, á quienes no hostiga ninguna enfermedad cutánea, sin embargo de ser ictiófagos.

Ciertos alimentos vegetales provocan asimismo achaques endémicos: el tosco pan, por ejemplo, llamado *gut fur nickel* (*bueno para el diablo*), que usan los habitantes de Westfalia, y el alforfon de que se alimentan los pobres habitantes de Soloña, unido á su desaseo, hacen brotar varios herpes y dolores articulares; así como las pegajosas sustancias de la polenta, macarrones, las papillas de mijo y las castañas tiernas, en las rejiones donde se vincula en ellas la saciedad, producen obstrucciones glandulosas y otras enfermedades endémicas. El abuso de la sidra asimismo y de los vinos ácidos del Rin provoca en algunos territorios de Alemania disposiciones artríticas y cólicos. Forster y otros viajeros atribuyen las úlceras fagedénicas, de que

(1) Véase *Rech. de La Peyrouse*, tomo II, páj. 72.

adolecen los naturales de las islas del mar del Sur á las bebidas acres que preparan con las raíces de una especie de pimiento. Los empastes y la leucoflegmasia de los pueblos que se alimentan de lacticiños, manteca y queso, como los de la Frisia, de los Alpes, y de todos los territorios donde abunda el ganado, son, mas bien que enfermedades endémicas, achaques nacidos del régimen de dichos pueblos: por último, los flujos disentéricos y diarriocos, funestísimos bajo los ardientes climas de los trópicos, son de ordinario forzosa consecuencia del abuso de las frutas, de los manjares crudos y bebidas espirituosas, antes que efecto de influjos locales, ya que es dado libertarse con frecuencia de tales dolencias, solo con evitar los excesos que las motivan.

La naturaleza del territorio modifica la constitucion humana, predisponiéndola á uno ú mas jéneros de males, ó librándola de otros opuestos. Esta materia está perfectamente desentrañada en el *Tratado de los aires, las aguas y los territorios* de Hipócrates. Ofrecenos al tosco habitante de las orillas del Faso espuesto á las caquexias del sistema linfático, ni mas ni menos que al Saurómata de la Pálude Meótida. Preséntanos en contraposicion el apacible y apocado Asiático y el robusto y denodado Europeo, el grueso y afeminado morador de los fértiles valles y el enjuto y nervioso serrano. Es tambien de notar que los territorios hondos y húmedos, donde se estanca al parecer el aire, y solo soplan una que otra vez los torpes y ardorosos vientos de

poniente y mediodía (1), como en Holanda, ocasionan perniciosos miasmas y dolencias pútridas y exantemáticas; los cuerpos desalentados adolecen por último de vahidos, sorderas, oftalmías húmedas, dispneas, tos, letargos y apoplejías; y por último de catarros y fluxiones funestísimas.

Lo contrario se advierte en las situaciones secas y boreales y en los territorios elevados, donde soplan los aires sutiles del norte y levante, como en la alta Auvernia, en Marsella, Mompeller y Grenoble, cuyos moradores ofrecen tisis inflamatorias, hemorragias activas, y una ardiente propension á las enfermedades agudas, flegmasias, perineumonias, reumatismos, oftalmías secas, etc.: no por otra causa son muy comunes en los países frios y montañosos las enfermedades de pecho.

Tan diversas situaciones de los países orijinan tambien contrapuestos achaques endémicos, puesto que en los sitios hondos y cenagosos, yacen los cuerpos en un estado de flaqueza habitual; estando lácio el vientre, hállase dispuesto á las diarreas, siendo además las dolencias de carácter crónico, é imperfectas las crisis; nótanse asimismo distintas propensiones á la degeneracion de los humores, triste y achacoso estado, prematura vejez, sentidos lánguidos y embotados en la mayor parte de sus habitantes. Los territorios elevados, áridos, frios y ventilados ponen el cuerpo en un estado de tirantez que le constituye pujante, robusto y brioso,

(1) El *plumbeus auster* de Horacio. Véase á Levino Lemnio, *Natur. miracul.*, lib. III.

que comprime el vientre, mientras vigoriza la cabeza y partes superiores, disminuye la secreción de la leche, y dispone antes al vómito que á los flujos, etc. Por esta razón sanan mas fácilmente en Mompeller los que tienen úlceras en las piernas, y en Paris los que en la cabeza.

Por consecuencia de tales disposiciones endémicas, miranse con frecuencia libres los extranjeros de las dolencias que azotan á los habitantes de algun país, ó por la inversa, lo que desde largo tiempo se presenta como manantial de salud para estos, es origen de enfermedades para el advenedizo; así es que el agua del Sena, nada dañosa para el Parisiense acostumbrado á beberla, motiva diarreas en los extranjeros. El habitante de las gargantas del *Vallés* se despeja, respirando el ambiente sutil y enjuto de las montañas que las ciñen, mientras que el impetuoso montañés se ve espuesto á menos hemorragias y agudos achaques, bajando á los valles, donde el aire es mas pesado y nebuloso.

De ahí es que no todas las dolencias asoman y se desenvuelven igualmente en todas las rejiones, pareciéndose en esto á las plantas. La calentura miliar, tan frecuente en Normandía, es desconocida en otras provincias; las aftas, tan comunes en Holanda, son casi desconocidas en Viena; los carbuncos gangrenosos, que tanto hostigan en el mediodía de la Francia, son rarísimos en el norte. Dase la mano con esta particularidad el doblarse en cierto modo la índole de cada país, modificando el tipo de las dolencias de la humana especie; por eso será

mas intensa la pleuresía en los sitios montañosos que en los hondos valles. De ahí es que no obstante todo el esmero con que describieron las enfermedades Baglivi, Huxham, Stoll, Pringle, Haen, Piquer, Grant, etc., ofrecen nuestros climas ciertas variedades que aquellos autores no observaran. Demuestra todo lo antedicho cuán importante es conocer la topografía de las naciones para juzgar con acierto acerca de los achaques endémicos ó solariegos, y aun de las epidemias que vemos asolar ciertos países.

## ARTICULO PRIMERO.

DE LAS PRINCIPALES ENFERMEDADES ENDEMICAS DE CADA PUEBLO.

## DE LOS EUROPEOS.

No es nuestro intento, á imitación de Leon-Ludw. Finke, ofrecer para todo el jénero humano una jeografía jeneral de medicina práctica, sino bosquejar sucintamente las diversas enfermedades que dominan en cada nacion en jeneral, sin olvidar las causas á que se atribuyen, si ya no es que sean desconocidas. Tampoco mendigarémos en el particular el testimonio de los viajeros que, como Prospero Alpino, Kempfer, Boncio, Pison, Cleghorn, Lind, Hillary, Chalmers, Pouppé-Desportes, Bajon, etc., atrasados en conocimientos médicos y físicos, solo algunas veces pueden darnos débiles resplandores. Ese estudio de los climas aclara y rectifica las no